

Democracia S. A.

Del mismo autor

Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental, Buenos Aires, 1984

Tocqueville between two worlds: The making of a political and theoretical life, Princeton, 2004

The presence of the past: Essays on the state and the Constitution, Baltimore, 1989

Sheldon S. Wolin

Democracia S. A.

La democracia dirigida
y el fantasma del totalitarismo
invertido

Traducido por Silvia Villegas

Primera edición, 2008

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Fernán González, 59 Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *Democracy Inc.
Managed democracy and the specter
of inverted totalitarianism*

© 2008 by Princeton University Press
Esta edición es publicada por acuerdo con Blackwell
Publishing Ltd, Oxford. Traducida por Katz Editores
de la versión original en lengua inglesa.
La responsabilidad por el cuidado de la traducción
es exclusivamente de Katz Editores, y Blackwell
Publishing Ltd queda exenta de toda responsabilidad.

ISBN Argentina: 978-987-1283-88-0
ISBN España: 978-84-96859-46-3

I. Democracia. 2. Totalitarismo. I. Villegas, Silvia, trad.
II. Título
CDD 323

El contenido intelectual de esta obra se encuentra
protegido por diversas leyes y tratados internacionales
que prohíben la reproducción íntegra o extractada,
realizada por cualquier procedimiento, que no cuente
con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades
Depósito legal: B-49 673-2008

Índice

- 9 Agradecimientos
- 11 Prefacio
- 21 Palabras preliminares

- 25 1. Un mito en construcción
- 41 2. La inversión del totalitarismo: comienzos del imaginario de una guerra global permanente
- 77 3. Inversión del totalitarismo, perversión de la democracia
- 111 4. El nuevo mundo del terror
- 127 5. La teoría utópica de Superpoder: la versión oficial
- 143 6. La dinámica de la transformación
- 167 7. La dinámica de lo arcaico
- 189 8. La política de Superpoder: la democracia dirigida
- 227 9. Las élites intelectuales contra la democracia
- 263 10. La política interior en la era de Superpoder y del imperio
- 297 11. Totalitarismo invertido: antecedentes y precedentes
- 333 12. Momentos demóticos
- 361 13. El futuro de la democracia: mirar al pasado

A Carl y Elizabeth Schorske

Prefacio

Antes de ingresar de lleno al tema de este trabajo, quisiera destacar ciertos aspectos del enfoque adoptado, a fin de evitar posibles malentendidos. Si bien el concepto de totalitarismo es de central importancia en las páginas siguientes, mi tesis *no* es que el sistema político actual de los Estados Unidos es una réplica inspirada de la Alemania nazi ni que George W. Bush lo es de Hitler.¹ Se introducen las referencias a la Alemania de Hitler para recordarle al lector cuáles fueron los parámetros de un sistema de poder que invadió otros países, justificó la guerra de anticipación como doctrina oficial y reprimió toda oposición en el ámbito local; un sistema cruel y racista en sus principios y sus prácticas, profundamente ideológico y abiertamente decidido a dominar el mundo. Esos parámetros se introducen para poner en evidencia tendencias en nuestro propio sistema de poder que se oponen a los principios fundamentales de la democracia constitucional. Esas tendencias son, en mi opinión, totalizadoras en tanto revelan una obsesión por el control, la expansión, la superioridad y la supremacía.

¹ Hay numerosas instancias, como la práctica de la tortura o la de dar prioridad a consideraciones políticas o ideológicas, limitando o ignorando los descubrimientos científicos (en las áreas del control de la natalidad, la investigación con células madre y la contaminación ambiental, por ejemplo), en las que el gobierno de Bush se aproxima a las prácticas totalitarias. A lo largo de este trabajo he tratado de evitar el error de afirmar que, en un tema determinado, el totalitarismo invertido “provee” una de sus políticas en reemplazo de una política particular de los nazis, por ejemplo, el racismo. Eso equivaldría a presuponer que el totalitarismo invertido y el totalitarismo clásico tienen las mismas estructuras. Mi tesis es que no las tienen. Véase una discusión de estos problemas en Anson Rabinbach, “Moments of totalitarianism”, en *History and Theory* 45, N° 1, 2006, pp. 72-100.

Como lo demuestran los regímenes de Stalin y Mussolini, el totalitarismo puede adoptar formas diversas. El fascismo italiano, por ejemplo, no adoptó oficialmente el antisemitismo sino hasta último momento en la historia del régimen; aun entonces lo hizo básicamente en respuesta a la presión de Alemania. Stalin introdujo algunas políticas “progresistas”: promoción de la alfabetización y la atención sanitaria masivas; estímulo a las mujeres para que emprendieran carreras profesionales y técnicas y –por un breve lapso– promoción de las culturas minoritarias. El caso no es que estos “logros” compensaran crímenes cuyo horror aún no hemos llegado a captar plenamente, sino más bien que el totalitarismo tiene la capacidad de adoptar formas locales diversas; no es imposible que, lejos de haberse agotado en sus versiones del siglo xx, los aspirantes a totalitarios dispongan ahora de tecnologías de control, intimidación y manipulación masiva que superen por lejos las de ese tiempo pasado.

Los regímenes nazi y fascista fueron impulsados por movimientos revolucionarios cuyo objetivo fue no sólo apoderarse del poder del Estado, reconstituirlo y monopolizarlo, sino también lograr el control de la economía. Controlando el Estado y la economía, los revolucionarios lograron la influencia necesaria para reconstruir y luego movilizar la sociedad. El totalitarismo invertido, en cambio, es un fenómeno que sólo se centra en el Estado de manera parcial. Representa fundamentalmente la madurez *política* del poder corporativo y la desmovilización *política* de la ciudadanía.

A diferencia de las formas clásicas de totalitarismo, que se jactaban abiertamente de sus intenciones de hacer ingresar a las sociedades por la fuerza a una totalidad preconcebida, el totalitarismo invertido no está conceptualizado expresamente como una ideología ni objetivizado en políticas públicas. Típicamente, es impulsado por quienes poseen el poder y por ciudadanos que a menudo parecen no ser conscientes de las consecuencias más profundas de sus acciones o inacciones. Hay una cierta despreocupación, una incapacidad para considerar seriamente que –aun sin ser preconcebido– puede formarse un patrón de consecuencias de considerable alcance.²

2 Tomemos por ejemplo la Internet. Se la ensalza como un avance revolucionario para promover la participación política popular y hacer posible un mayor “aporte

La razón fundamental de este descuido –tan profundamente arraigado– se relaciona con el clásico gusto de los estadounidenses por el cambio y –de manera igualmente notable– con su buena fortuna, que los ha dotado de un vasto continente, rico en recursos naturales que invitan a la explotación. Si bien es un cliché que la historia de la sociedad norteamericana ha sido de cambio incesante, las consecuencias del ritmo actual –cada vez más rápido– son menos evidentes. El cambio opera desplazando creencias, prácticas y expectativas existentes. Aunque las sociedades han experimentado el cambio a través de la historia, fue sólo en los cuatro últimos siglos que las políticas públicas se centraron en promover la innovación. Hoy, gracias a la prosecución sumamente organizada de la innovación tecnológica y de la cultura que ésta alienta, el cambio es más rápido, más abarcador, más bienvenido que nunca, y esto significa que las instituciones, los valores y las expectativas comparten una vida útil limitada con la tecnología. Estamos experimentando el triunfo de la contemporaneidad y su cómplice, el olvido o la amnesia colectiva. Dicho en palabras algo diferentes, en los comienzos de los tiempos modernos, el cambio desplazaba tradiciones; hoy el cambio sucede al cambio.

El cambio incesante socava la consolidación. Pensemos, por ejemplo, que a más de un siglo de terminada la Guerra Civil, todavía persisten los efectos de la esclavitud; que a casi un siglo de que las mujeres lograran el voto, aún se discute su igualdad; que después de casi dos siglos en los que se hizo realidad la escuela pública, la educación se está privatizando cada vez más. Para comprender plenamente el problema del cambio, podríamos recordar que en los círculos políticos e intelectuales a partir de la segunda mitad del siglo xvii y especialmente durante el siglo xviii existió una convicción cada vez mayor de que por primera vez en la historia documentada los seres humanos podían modelar su futuro de manera deliberada. Gracias a los avances en la ciencia y la invención era posible concebir el cambio como “progreso”, un avance que beneficiaba a todos los miembros

democrático”. Pero como ha quedado en evidencia no hace mucho, también le permite al gobierno una mayor vigilancia de las opiniones y las acciones (por ejemplo, las transacciones financieras) de los ciudadanos.

de la sociedad. El progreso representaba un cambio constructivo, que traería algo nuevo al mundo, para bien de todos. Los paladines del progreso creían que, si bien el cambio podía resultar en la desaparición o destrucción de creencias, costumbres e intereses establecidos, éstos merecían desaparecer porque, en su mayor parte, servían a los Pocos mientras que mantenían a los Muchos en la ignorancia, la pobreza y la enfermedad.

Un componente importante de esta concepción moderna del progreso fue que el cambio era fundamentalmente una cuestión de decisión política por parte de aquellos a quienes se podía pedir cuenta de sus decisiones. Esa concepción del cambio se vio sensiblemente excedida por el surgimiento de concentraciones de poder económico en la segunda mitad del siglo XIX. El cambio se convirtió en una empresa privada, imposible de separar de la explotación y el oportunismo, y se constituyó así en un elemento fundamental, si no el único elemento fundamental de la dinámica del capitalismo. El oportunismo implicaba una búsqueda incesante de todo cuanto pudiera explotarse, que muy pronto llegó a significar virtualmente todo, desde la religión hasta la política y el bienestar humano. Ya quedaba muy poco, si es que quedaba algo, que fuera un tabú; el cambio se convirtió rápidamente en objeto de estrategias premeditadas para maximizar beneficios.

Se señala a menudo que el cambio actual es más rápido, más abarcador que nunca. En las páginas posteriores me propongo sugerir que la democracia en los Estados Unidos nunca ha estado verdaderamente consolidada. Algunos de sus elementos clave no se han materializado o se mantienen vulnerables; otros han sido explotados con fines antidemocráticos. Se ha descrito generalmente a las instituciones políticas como los medios por los cuales una sociedad trata de ordenar el cambio. El presupuesto era que las instituciones políticas en sí mismas se mantendrían estables, como estaban ejemplificadas en el ideal de la constitución, como una estructura de naturaleza relativamente permanente que define los usos y los límites del poder público y la responsabilidad de los funcionarios.

Hoy, sin embargo, algunos cambios políticos son revolucionarios; otros son contrarrevolucionarios. Algunos trazan nuevos rumbos para la nación e introducen nuevas técnicas para expandir el poder

de los Estados Unidos, tanto internamente –vigilancia de los ciudadanos– como externamente –setecientas bases en el extranjero–, más allá de lo que haya imaginado algún gobierno previo. Otros cambios son contrarrevolucionarios en tanto revierten políticas sociales que habían estado orientadas originalmente a mejorar la situación de las clases media y más pobre.

¿Cómo persuadir al lector de que el verdadero rumbo de la política contemporánea conduce a un sistema político que es exactamente lo opuesto a la descripción que de él hacen la dirigencia política, los medios masivos y los oráculos de los *think tanks*; lo opuesto al ejemplo máximo de democracia? Aunque haya críticos que descarten esta obra como una fantasía, hay razones para creer que en la ciudadanía en general hay un creciente malestar acerca del “rumbo que está tomando la nación”, acerca del rol de los grandes capitales en la política, la credibilidad de los medios de prensa populares y la confiabilidad de los resultados de las elecciones. Las elecciones legislativas de 2006 indicaron claramente que gran parte de la nación estaba reclamando una resolución rápida para una guerra equivocada. Se escucha cada vez más a ciudadanos comunes que se quejan de que “ya no reconocen su país”, de que la guerra de anticipación, el uso generalizado de la tortura, el espionaje interno, los permanentes informes de corrupción en puestos elevados, tanto corporativos como gubernamentales, significan que hay un mal muy profundo en la política de la nación.

En los capítulos siguientes me propongo desarrollar un enfoque para comprender los cambios que se están produciendo y su rumbo. Pero antes –suponiendo que hayamos tenido, si bien no una democracia plenamente realizada, por lo menos un número impresionante de manifestaciones de la misma, y presuponiendo que se están produciendo cambios fundamentales– podemos formular esta pregunta general: ¿Qué hace que una democracia se convierta en un sistema no democrático o antidemocrático y en qué clase de sistema puede llegar a convertirse?

Los escritores políticos han sostenido por siglos que si –o más bien cuando– una democracia madura era derrocada, la sucedería una tiranía. El argumento era que la democracia –por permitir un alto grado de libertad– tendía inherentemente al desorden, con la

posibilidad de que las clases propietarias apoyaran a un dictador o tirano, alguien que pudiera imponer el orden, con dureza, si era necesario. Ahora bien –y éste es el punto que abordamos en nuestra investigación–, ¿qué sucedería si en su cultura popular una democracia tuviera la tendencia al libertinaje (“todo vale”), pero en su política se volviera temerosa, dispuesta a darles el beneficio de la duda a líderes que, mientras que prometen “acabar con los terroristas”, insisten en que ese cometido es una “guerra” sin miras de concluir? En este caso, ¿sería posible que la democracia se volviese sumisa, privatizada más que indómita, y que eso alterara las relaciones de poder entre los ciudadanos y quienes toman las decisiones políticas?

Una palabra sobre terminología. “Superpoder” significa aquí la proyección del poder hacia fuera. Es un poder indeterminado, impaciente con las restricciones, irrespetuoso de los límites en su esfuerzo por desarrollar la capacidad de imponer su voluntad en el lugar y el momento que le plazca. Representa la antítesis del poder constitucional. El “totalitarismo invertido” proyecta el poder hacia adentro. No deriva del “totalitarismo clásico” del tipo que representan la Alemania nazi, la Italia fascista o la Rusia stalinista. Esos regímenes estuvieron impulsados por movimientos revolucionarios, cuyo objetivo era apoderarse del poder del Estado, reconstituirlo y monopolizarlo. El Estado estaba concebido como el principal centro de poder, que proveía la influencia necesaria para movilizar y luego reconstruir la sociedad. El gobierno tomó el control de iglesias, universidades, organizaciones empresariales, medios de prensa y opinión e instituciones culturales; los neutralizó o los suprimió. El totalitarismo invertido, en cambio, si bien explota la autoridad y los recursos del Estado, obtiene su dinámica mediante la combinación con otras formas de poder, como las religiones evangélicas, y –muy particularmente– alentando una relación simbiótica entre el gobierno tradicional y el sistema de gobierno “privado” representado por las modernas corporaciones empresariales. El resultado no es un sistema de codeterminación por socios iguales que retienen sus identidades distintivas, sino más bien un sistema que representa la madurez política del poder corporativo.